

crítica se dedica a visiones particularistas y a trabajos de índole microscópica (*Importé de l'Allemagne*) sea vano este libro de Luis Alberto Sánchez. Como realidad y como ejemplo, es digno de «albo lapillo» en la producción sudamericana de los años recientes.

Una limpia presentación acompaña y ayuda a la lectura. Lástima que, seguramente por la prisa del copista a máquina o del impresor, se hayan deslizado algunos lapsus que, para otros quizás pasajeros, me gustaría ver eliminados en la próxima edición: D'Ambras... Tout le Mond... Child Harold... Vielé-Griffin... Gaspar de la Nuit, (o Gaspard la Nuit, o Gaspar de la Noche)... y algunos nombres que podían estar en el idioma del poseedor de ellos o en español, razonablemente: como *Georges Gordon*, Lord Byron.

Pequeñas liviandades que no restan ningún mérito al libro de Luis Alberto Sánchez, ninguno de los numerosos méritos que posee, pero que sería bueno que se evitaran en la próxima edición de este libro, que auguro pronta y segura.—JOSÉ MARÍA SOUVIRON.



SAVONAROLA, por Don *Alejandro Vicuña*.

Dedicado a don Ernesto Galliano M., por su amigo muy cordial.

Raro ejemplo de actividad mental es el que ofrece el distinguido presbítero don Alejandro Vicuña P. De su pluma brotan los libros con rapidez milagrosa; todavía no sale de las prensas uno de ellos y ya debe abrir camino al siguiente. La lista de los publicados hasta hoy es enorme y bastaría para llenar la existencia de cualquier otro escritor.

Tanto como el número de sus trabajos maravilla la gran variedad de los temas que en ellos aborda. El se siente a sus anchas en los más diversos terrenos, en la teología y los viajes, en

la homilética, la historia y la política, o en la biografía más o menos novelada... o novelesca. Y con la misma fluidez diserta acerca de un orador latino que a propósito de los paisajes egipcios o de las costumbres niponas. Su curiosidad espiritual es tan intensa e insaciable como es de ágil su mente, que ignora la necesidad del reposo. Ayer hablaba de don Manuel Vicuña y de Cicerón; hoy le ha tocado su turno al reformador Savonarola; mañana llegará el de Francisco de Sales y después, ¿por qué no? el de don Crescente Errázuriz. Todo dependerá del Control de Cambios, como ingeniosamente lo anticipa él mismo. Y así la infatigable imaginación de nuestro autor nos fuerza a dar enormes saltos en el tiempo y el espacio.

En su compañía no hay medio de aburrirse porque a la variedad de los tópicos añade el señor Vicuña un cierto modo fácil, liviano y ameno de tratarlos. Para captarse mayor número de lectores, él no ahonda mucho sus temas; se pone al alcance de todo el mundo, evitando freseologías, atormentadas y oscuras, y más bien incurriendo a veces en el defecto contrario, el de una sencillez próxima a la trivialidad por el uso de un estilo que busca *ex profeso* el giro, el vocablo vulgar. De ahí que no falten por estas páginas las construcciones viciosas, las incorrectas locuciones (1). Siente uno que el autor las ha cometido en el calor

(1) El señor Vicuña escribe por ejemplo (p. 132): «Detesta a Ferrara porque ahí se le ha conocido naranjo». En otro pasaje (155) escribe: «¿Qué podrían interesar a Rodrigo Borja las ideas de un fraile de Florencia... cuando no le importaba un bledo la opinión de los demás?». Respecto de casos de malas concordancias, he aquí algunos: (p. 15): «Tal era el ambiente y los recuerdos de la ciudad», etc. Suelen hallarse también figuras incorrectas, como ésta, (p. 18). «Una máquina infernal» que queda «en la más ridícula de las posiciones». Defecto en que a menudo incurre el autor es en el vicioso empleo del postpretérito. Dice, por ejemplo (p. 9) «Jerónimo, con el andar del tiempo debería ser un apóstol», etc. *debería* por *d. bía*, *había de ser*, *iba a ser*, etc. (Pag. 16). «Extrañas contradicciones trabajaban su espíritu y desgarrarían después sus días», por *habían de desgarrar*. Ahí mismo agrega: «Estas anomalías espirituales... sembrarían de abrojos su camino, e imprimirían en su acción, etc.» por *habían de sembrar*, *de imprimir*, etc.

de la improvisación. Porque es esta idea de apresurado e inmaduro la que suelen dejarnos algunas obras del señor Vicuña, y es la que, sin restarles nada de su atractivo, les quita, en cambio, parte de su valer y prestigio.

Eso sí que de este modo adquieren mayor ensanche y campo de difusión las tesis que forman el objetivo final de varias de sus obras, verdaderos postulados morales o políticos, literarios o filosóficos. Sabe el autor, después de las indispensables lecturas, disponer convenientemente sus datos y ordenar su exposición en forma de que produzcan en el lector la convicción buscada. Esa aparente simplicidad del relato cautiva con más fuerza que pesadas páginas de pedantescos comentarios; asentimos de mejor grado a lo que dice un autor que nos ahorra esfuerzos de meditación y que muestra su constante empeño de evitarnos trabajo.

Hay que agregar a estas circunstancias que el señor Vicuña, observador perspicaz, ha recorrido los países que describe y en que vivieron sus personajes; ello le permite situarlos en su natural ambiente y evocar con vivo realce sus figuras. El paisaje ayuda a comprender al personaje.

Estas tendencias y cualidades de nuestro autor se destacan muy especialmente en el libro que hace poco ha consagrado a Savonarola, el insigne predicador florentino. Obra de vulgarización antes que de erudición y de personales búsquedas, esta grata y fácil biografía del extraordinario dominico está escrita sobre la base de los más fidedignos testimonios contemporáneos y de los comentarios modernos más autorizados. El señor Vicuña los utiliza con toda imparcialidad e independencia, con franqueza y valentía que tanto afianzan la autoridad del historiador como honran su rectitud de hombre y sacerdote. Los hechos, los textos capitales, aun los más desfavorables a la Iglesia romana, están escrupulosamente recordados, sin deformaciones ni falsas vergüenzas. Se ve que el autor ha querido limitarse a narrar la vida del famoso fraile. Habiendo encontrado en su camino la



figura sombría y profética de Savonarola, ha creído descubrir en ella un misterio por esclarecer y descifrar; y para interpretarla, señala sus ideas y planes de reforma, y sólo secundariamente atiende al otro aspecto del asunto: la descripción de la época que hiciera tan necesarias dichas reformas. De ahí que, si la historia del período está relatada escuetamente, la vida espiritual, la psicología del predicador florentino lo esté con suficiente esmero y forme la parte esencial del libro. Paso a paso el autor sigue a Savonarola en todas las etapas de su dramática existencia, empeñado en discernir y mostrarnos la lógica interna de la ideología y propósitos del predicador dominico. Al efecto, con lujo de detalles describe las reformas que introdujo en su convento y las drásticas medidas que discurriera para enmendar las relajadas costumbres, dejándonos escuchar el aplauso con que las acogía el público; y acompaña al fraile en su azarosa vida hasta el fatal desenlace, narrado sobria e impresionantemente. Con mucho acierto transcribe el señor Vicuña los textos más significativos y característicos de su protagonista, (cartas, sermones, etc.) como el más seguro medio de introducirnos hasta el fondo de sus pensamientos y designios. En el hecho, ninguna palabra lo pintaría mejor que esos acentos en que se exhala entera el alma del adusto monje. Sacudido por esas palabras vibrantes en que desbordan la indignación, la amenaza y una salvaje fiera, el lector se siente transportado a un mundo de apocalipsis, pierde la noción de las realidades y vive, como en lo normal, en una atmósfera enrarecida y sutilísima de arrobos y devoción. Ellas nos muestran el fervor y obcecación crecientes del predicador convertido en profeta y caudillo, su progresivo enojo ante los obstáculos que le salen al encuentro y ante la impotencia de su verbo para extirpar la inmoralidad, la fatal desviación que por ello sufre su carrera y que termina con la desautorización y las llamas. Es, anticipadamente, la imagen de aquel otro gran espíritu reformista, Lamennais, pleno de no-



bles ideales y que, como Savonarola, recibe en mitad de la frente el rayo de la muerte espiritual.

No encubre nuestro autor la viva simpatía que le inspira su héroe, cuyas inconsecuencias, exageraciones y yerros no deja de reconocer y censurar. Mas, para absolverlo de ellos le basta considerar la pureza de su vida e intenciones, (¡cosa de milagro por aquellos días!) y aquél su fervor místico siempre encendido y que poco cuida de lo terreno cuando tiende a conquistar el cielo. La gran excusa que en favor de él alega el señor Vicuña es la corrupción, la monstruosa corrupción, sin igual aun en tiempos de Nerón y Mesalina, en que habían caído la sociedad renacentista y su cabeza espiritual, el Papado. Con recordar que eran los tiempos de Alejandro VI, está dicho todo. En realidad, este libro viene a ser, en síntesis, la crónica de un duelo a muerte entre el Pontífice criminal y el monje austero, cristiano a la usanza de los primeros siglos. En tal torneo, todos nuestros votos y simpatías están por el asceta idealista que intrépidamente y con sed de martirio predica la enmienda y penitencia, y contra el Papa que con sus vicios mancha el solio de San Pedro y de cuya muerte y la de su hijo César dice un preclaro historiador (1): «así acabó aquel par de malvados... los más notables aventureros que jamás representaran un papel en el escenario del gran mundo». Lo mismo opina el señor Vicuña; el cual, para que podamos fallar en conciencia el conflicto, nos pone a la vista los más graves y característicos antecedentes, dígame: el balance de todos los escándalos de la época, en que el Papado tomaba parte capital. Es una espantable acumulación de cuanto crimen e inmoralidad puede discurrir la malicia humana; lujuria, simonía, nepotismo, avaricia, homicidio y crueldad, todo el aspecto repulsivo de la naturaleza del hombre se ostenta ahí a la luz del día, con desafiante impudor. Y uno se dice que para que tras esa montaña de iniquidades que son ludibrio de la historia, para que después

---

(1) J. Addington Symonds = *Renaissance in Italy*. 1923; Tomo I, p. 338.

de hundirse en aquella sentina de inmundos vicios haya logrado resurgir la Iglesia y de nuevo convertirse en institutriz de la humanidad civilizada, en norma de toda moral y de la idealidad más excelsa, es fuerza que su fundador haya repetido en los modernos tiempos el milagro aquél que presenciaron los pescadores de Galilea, cuando Cristo salvara a los espantados navegantes que sepultados en el mar, clamaban: «¡Sálvanos, que perecemos!» Eso sí que el señor Vicuña pone en saliente resalto el contraste que ofrece la Italia de aquellos días entre la disolución de los hábitos envilecidos hasta el extremo de lo increíble y la ferocidad de fanatismo a que se llevaba el celo por la pureza de la doctrina, cuando las llamas de la Inquisición castigaban aún el amago de libre pensamiento. Empero nuestro autor encuentra una falla en el cimiento de la reforma savonaroliana: el ataque a la disciplina eclesiástica, que en todo instante debe permanecer incólume. El iluminado reformista se desvía de su misión y se despeña al abismo de la revuelta desde que en su predicación furibunda, transpasado todo límite de obediencia y respeto, se alza contra su jefe supremo e intangible, contra el Jerarca de la Iglesia. Con exactitud y viveza pinta nuestro autor las peripecias de aquella lucha, y con sagacidad muestra las circunstancias que imposibilitaban el triunfo del monje profeta. En este punto hubiera convenido, tal vez, recalcar aún algo más la infamísima relajación de las costumbres en aquella época para hacer comprender plenamente y justificar las inflamadas diatribas de Savonarola, que sin ello pudieran parecer declamatorias e hiperbólicas. Por la energía feroz e implacable de la reacción predicada por Savonarola podríamos calcular entonces la hondura y gravedad del mal que denunciaba.

Otro punto en que hubiera querido ver insistir al señor Vicuña es en el carácter propiamente ético de las declamaciones y censuras de su protagonista y, en consecuencia, de sus planes de reformas. Sus invectivas contra el Papado no se refieren a cuestión alguna del dogma, con el cual se manifiesta conforme, sino a la

indescriptible perversión de las costumbres, que hallaba toda justificación en el ejemplo de Roma. A este respecto, Savonarola difiere fundamentalmente de Lutero, cuya subversión ataca dogma y prácticas con insolente audacia. Esta faz de la rebelión del fraile florentino se explica porque Alejandro VI, cualquiera que fuese la inmoralidad de su vida privada, nunca llevó sus extravíos hasta perturbar la dogmática, sino, al revés, tomó, el primero, enérgicas medidas para afianzarla y mantenerla en su immaculada pureza. ¿Acaso no fué él quien, por breve fechado en junio 1.º de 1501, creó la censura de la imprenta bajo pena de excomuni6n, refrenando así el libre vuelo del pensamiento?

Indudablemente el libro del señor Vicuña que recuerda y nos pone ante los ojos 6poca tan interesante y sugiere algunas de las anteriores consideraciones, será leído con provecho y deleite por la mayoría de los lectores. Estos hallarán en él una franca y neta exposici6n de los rumbos salientes de la historia italiana en aquel período. Más de uno, captado por la fascinaci6n del asunto, querrá ir a las fuentes mismas de informaci6n, a esos amenos cronistas de comienzos del siglo XVI, ingenuos en el relato de las mayores enormidades. Y no será pequeña satisfacci6n la suya al hallar entre esos histori6grafos a Maquiavelo y Guicciardini—éstos no candorosos, por cierto, sino maestros supremos de la itálica prosa, y para los afectos al latín, (¿los hay todavía?), el del can6nigo Burckhardt que en su «Diario» exagera, realmente, el tradicional derecho de aquel idioma a «*braver l'honnéteté*».

Indicados así el contenido y méritos que hacen interesante y recomiendan esta obra en que el señor Vicuña ha puesto calor de emoci6n y elocuencia, vehemente dramaticidad y hondo conocimiento del mundo y la vida, séame permitido aducir dos reparos a su libro. Uno se refiere a la definici6n e interpretaci6n de la psicología savonaroliana que propone el autor; y el segundo a las tesis ético-políticas planteadas en el preámbulo de la obra y que ésta se propone demostrar.



El señor Vicuña cree descubrir un misterio, un algo transcendente, una contradicción, ¡qué digo! muchas inexplicables contradicciones en la personalidad del monje reformador. En su actitud y propósitos imagina algo de extraordinario que escapa a la análisis y que deja al personaje en una como penumbra de secreto. Las últimas palabras de su libro suman y precisan este concepto de extrañeza y desconcierto, de misticismo visionario. Ante la vigorosa y fascinadora fisonomía de Savonarola permanece perplejo el señor Vicuña, no sabe qué juicio definitivo y categórico formular a su respecto, y abandona a otros el empeño de emitirlo.

Me atrevo a pensar—y ello en vista de los propios datos suministrados por el autor—, que no existen tal misterio, esa indefinible influencia que envolvería a la persona del monje profeta y le inspiraría sus oráculos. Los documentos que copia, los hechos que narra nuestro autor ponen claramente y en mucho relieve la plena y verdadera personalidad moral de Savonarola, sin necesidad de suponer en él ocultos pensamientos, influjos supernaturales y muchos menos de atribuir carácter esotérico a las inconsecuencias de obras y palabras, que son patrimonio de todos los mortales. Porque si del libro en examen se suprimen todos aquellos pasajes que dicen de raro y misterioso, de extraordinario e inexplicable, se tiene la imagen muy coherente de un individuo culto, mediocre poeta a sus horas, alma de ascetismo y entusiasmo, orador preclarísimo y vigoroso a no dudarlo, apasionado, pero dentro de lo perfectamente normal y comprensible; ninguno de sus actos deja de hallar explicación en la sana psicología del común de los mortales. Hay, manifiestamente, exaltación de ciertas facultades, pero de facultades regulares, calificables y definibles. El juicio del señor Vicuña tendría plena aplicación si se tratara, por ejemplo, de Leonardo de Vinci; pero en Savonarola nada hay del superhombre; el libro de su vida tiene abiertas ante nosotros todas sus páginas, sin reserva alguna. Por lo demás, si algún misterio, si alguna in-

cógnita existió en ella, no se comprende que hubiera escapado a la perspicacia formidable y única de Maquiavelo, su coetáneo y paisano, que no ha visto al prior de San Marcos en ese halo de sombra y de misterio. No es una anomalía en su época Savonarola ni por tal se le tuvo entonces; es, eso sí, el último en una serie de reformadores de las costumbres que en la Italia de los siglos XIII a XVI han sentido con acuidad mórbida y dolorosa la relajación de toda moral, han visto ascender gigantesca la marca del paganismo renacentista y han pretendido oponerle como infranqueable dique la granítica barrera del cristianismo. Es el último eslabón de una cadena que, pasando por Joaquín de Flora, Juan de Parma, Dante y Francisco de Asís, para nombrar sólo a las eminencias, se corta en la hoguera del monje florentino. Sólo que en éste la exasperación es más ardorosa y desesperada porque el mal ha cundido y se muestra rebelde al tratamiento; contra la desvergonzada conjura de los siete pecados capitales, el combate necesita ser más recio y ardiente, requiere y absorbe todas las energías de luchador de Savonarola, que tiene al frente, como adversario, nada menos que a un Papa. Esa irritación del monje, sus intemperancias de lenguaje llevadas hasta la más insultante invectiva, esa furibunda elocuencia que levanta como alborotado mar las almas florentinas se explican plenamente por su índole de cristiano purísimo, idealista, y sobran para la cabal inteligencia del reformador. Es la suya alma de toda transparencia, aun en sus más humanas perplejidades e inconsecuencias; pero alma no dulce y seráfica y mansa como la del santo de Asís, sino abrupta, violenta, despótica, dantesca, de ésas que no trepidan en hundir a los Papas delincuentes en las eternas llamas del Infierno. Nada, pues, de extraordinario, inexplicable o misterioso en la psicología de este espíritu fundamentalmente fanático y dictador. Es raro que el señor Vicuña trepide en la calificación final de Savonarola y lo vea extraño y secreto cuando ya en la pág. 106, en dos palabras lúcidas y definitivas, lo había definido en su más

íntima esencia. Ahí escribe: «Como proceden ordinariamente los poseídos de la soberbia de la santidad, la más horrible y temible de todas las soberbias, Savonarola», etc. Ahí está el impulso motor, la fórmula psicológica del predicador florentino; ella lo explica totalmente.

Por supuesto que no hemos de ver algo de milagroso, de anormal o de inspirado por el cielo en las profecías del subversivo monje. Eran tan notorios los sucesos políticos de aquella época, tan conocidos los ocho o diez protagonistas del drama que por aquellos días se desarrollaba en Italia, tan interiorizado vivía Savonarola en las intrigas de esas pequeñas cortes y tan a la vista se ostentaban los manejos diplomáticos del Pontífice, y demás príncipes italianos, que, sin sobrehumana perspicacia, bien pudo el apasionado dominico presentirlos y, en su deseo de que se realizaran, vaticinarlos. Ello no excedía ni con mucho la sagacidad de un mediano estadista. Eran, por lo demás, augurios a brevísimo plazo, cuando, por así decirlo, ya los acontecimientos mismos estaban encima. En fin, varios de aquellos sucesos resultaron imprevistos aun para el propio profeta y lo desconcertaron; el señor Vicuña cita algunos de esos hechos que se anticipaban a la predicación del reformador o se cumplían en otra que en la forma por él pronosticada.

He insistido en este punto para contrarrestar la tendencia de la historiografía actual a desquiciar las cosas convirtiendo en seres extraordinarios, en superhombres a los individuos de cierta notoriedad. Ayer lo eran Miguel Angel y Leonardo, Goethe y Napoleón; acabamos de presenciar la apoteosis de Portales; hoy, en estas páginas, tenemos casi la glorificación de Savonarola. Y esto no va bien porque desfigura y desnaturaliza la realidad y desconoce la complejidad del alma. Hay que reintroducir en la historia a la humanidad, que es lo verdadero y normal y comprobable. Examinemos a los personajes a la luz de la sana razón, con vista despejada de todo prejuicio o entusiasmo, en presencia de los hechos concretos, porque todo lirismo de-



forma a los individuos y substituye el mito, la poesía a la historia.

En este punto el señor Vicuña se muestra de un dogmatismo inaceptable. «El hombre de verdadero talento, dice, *no puede poseer un gran carácter*». No se limita el autor a atestiguar un hecho, verdadero o falso; le cierra la puerta para el futuro, anticipa su imposibilidad, como si todas las venideras contingencias estuviesen agotadas. Y eso, verdaderamente, es excesivo. Porque, ¿qué sabe él de esos hechos por venir? ¿en qué bases de psicología humana descansa su aserto de que el espíritu humano jamás traspasará determinados límites? ¿A qué se reducen, entonces, las mil influencias políticas, raciales, religiosas y de cultura que evolucionan dentro de las sociedades? ¿Conoce el señor Vicuña su esfera de acción y su eficiencia? Todo esto resulta en alta medida infundado y arbitrario. Aun supuesto que Savonarola y Cicerón abonaran la tesis de nuestro autor, ¿bastarían esos dos únicos ejemplos de la historia como sostén de generalización tan vasta, categórica y audaz?

Esto por no hacer caudal de lo ambiguo y lato de los términos que aquí se emplean. «*Verdadero talento, Inteligencia superior.*» ¿dónde están los linderos de todo ello? ¿quién determina y fija atributos tan variables y relativos, condicionados por tantas centenas de circunstancias que, a la vez de actuar sobre ellas, informan a las sociedades modernas? ¿Es tan sencillo trazar una línea divisoria precisa entre intelecto y carácter?

Me detenog de nuevo en este reparo porque la recta constitución de la historia va involucrada en una fiel y nítida pintura de sus personajes principales y dirigentes. No hay que postular caprichosas leyes ni imaginar misterios en la historia y sus actores. En todo caso, nada obsta *a priori* y ante una secular experiencia, para que un alto intelecto asuma en el manejo de los pueblos y la orientación del mundo, importancia decisiva y soberana. Por eso la tesis del señor Vicuña, que niega tal posibilidad, es enervante y depresiva, amén de inexacta; pugna con los

hechos de la historia y las modalidades de la mente humana.

Mi segunda objeción va contra las tesis propuestas por el autor en el proemio de su libro. Dice ahí el señor Vicuña, (pag. 6): 1.º El hombre de verdadero talento no puede poseer un gran carácter, o sea, el desarrollo excesivo de la inteligencia paraliza hasta cierto punto el desarrollo de la voluntad; y 2.º Los hombres de inteligencia superior no llegan ordinariamente a las cumbres del poderío político ni son afortunados conductores de masas». Temeroso de entender mal, he releído algunas veces estas proposiciones. Son tan contrarias a la realidad y la experiencia que no cabe admitirlas en ninguna forma, con ningún distingo ni atenuación. Los ejemplos que pudieran invocarse en contra de estos postulados llenarían páginas y páginas. ¡Hombres de talento y con gran carácter!, ¡pero si no hallamos otra cosa en la humanidad de todos los tiempos y países! ¡Habrá que recordar a Pericles y Demóstenes, a Julio César y Augusto, a Hildebrando y Richelieu, a Napoleón, a lord Chatam, Gladstone, Disraeli, Bismarck, a Poincaré, Clemenceau... ¡pero me detengo a tiempo! ya empezaba a llenar las páginas de que acabo de hablar. Mas ¿acaso no recuerda el propio señor Vicuña a San Francisco de Sales, en quien resaltaba «la armonía entre el poder de la inteligencia y el poder de la voluntad»?». (pág. 7). ¿Y no le bastará a un sacerdote que se invoque el caso típico de Teresa de Avila y junto a ella los ejemplos de S. Agustín, Bossuet y Fenclón, que a fuerza de lucidez y energía en las convicciones, de tenacidad inquebrantable en los designios y de férrea voluntad llevaron adelante las enormes labores espirituales y políticas que se habían propuesto? Salvo que a estos personajes, y a Loyola y a León XIII quiera el señor Vicuña negarles talento?...

Pero, en demostración de estos postulados él ha escrito un volumen sobre «Cicerón». Deploro que haya pasado la oportunidad de analizar el libro en que nuestro autor diagnostica la gran

inteligencia y el ningún carácter del estadista latino, porque hubiera sido sencillísimo demostrar, con la fuerza de un axioma geométrico incontestable, que en Cicerón se confundieron plenamente carácter y inteligencia y que, a la vez de ser el más excelso espíritu de su tiempo, realizó, por la mera magia de la palabra soberana, el milagro de detener por muchos años la república romana al borde del abismo a que la arrastraban la universal corrupción de la época y la ambición genial y omnipotente de César. Algo más que nuestros modernos biógrafos sabían los romanos que en aquellos aciagos días de la Roma antigua discernieron a Cicerón el título de «Padre de la Patria». Sólo otro ejemplo nos brinda la historia de semejante acción del intelecto sobre la voluntad individual y la historia en general, el inmortal de Demóstenes: aquel débil y combatido ciudadano ateniense, por el solo prestigio de su verbo sublime, mantiene en jaque durante veinte años al poder invencible de Macedonia, hace respetada y temida a su patria y por varias décadas prolonga el esplendor de la civilización ática, que con él baja a la tumba. Si el señor Vicuña no puede discutir el genio excelso de Cicerón y Demóstenes, ¿les negará el carácter con que defendieron sus convicciones políticas, la valentía con que afrontaron la muerte misma al derrumbarse sus nobles ideales de patriotismo y libertad?

En esto consiste la gran falla del libro que estudio: en no haber probado la tesis (pág. 7) de «la proporción inversa en que existen en los individuos el talento y el carácter, o sea, a mayor talento menor carácter y viceversa. Cicerón es ejemplo del primer caso, Savonarola del segundo». No la ha probado porque, si manifiestamente el monje florentino es un raro ejemplar de energía llevada hasta la extrema violencia y el fanatismo homicida, es obvio también que fué hombre de verdadero talento, de amplios y variados estudios que el autor enuncia detalladamente, (de otro modo no se le habría nombrado Director de Estudios en su convento), ni podía faltarle talento para atraerse



y dominar al pueblo de Florencia e inducirlo a incendiar todos sus lujos, riquezas, obras de arte y para hacerlo llorar en público sus prevaricaciones. Y sobre todo, mal podía carecer de inteligencia el hombre cuya sociedad y comercio solicitaban personajes como Lorenzo de Médicis y Pico de la Mirandola que encarnaban la alta cultura de su tiempo y que no se hubieran cuidado de un palurdo. Al revés de lo que afirma el señor Vicuña, y por consiguiente en contra de su tesis, coexistieron en Savonarola un carácter de temple formidable y un vigoroso y apasionado talento.—Ricardo Dávila Silva (Lzo Par).

Noviembre 27 de 1934.



ROMANCE DE TRISTÁN E ISOLDA, por *Joseph Bedier*.

¡Bien venido sea este libro de José Bedier (1), que nos trae, clarificado, fortalecido por los siglos, el ardiente vino de amor de Tristán e Isolda!

Prematuro elíxir de romanticismo, grato aun a los paladares modernos, pocas ficciones se han compuesto, antes y después, de tan humana, de tan poética intensidad dramática, como este egregio romance del medioevo. Real y poético a la vez. Escrito en época aun bárbara y plena ya de exageración caballeresca, no está hinchado de lo sobrenatural, como los Amadises y los Lanzarotes, y apenas una que otra vez el «Deux-machina» rompe la visible unidad de su contenido.

El resorte mismo ocasional de la tragedia es, no obstante su imperativa arbitrariedad, de un sentido e interés tan humanos, que casi no es un resorte. O mejor, lo es sólo en la medida de que su acción se extiende ya en todo el decurso de la obra, hasta el

---

(1) Empresa Letras. (Santiago).